

Antonio García

La sequía

I



OR el mes de julio, los llanos del Tolima son un horno al rojo. Los pueblos, perdidos en los pajonales ilimites y en la siniestra arquitectura del paisaje crudo, hostil, ajado por el sol y el polvo, parecen no esperar otra cosa que la destrucción de lo que ellos miran como su atolladero.

Sin embargo, la vida se defiende con los espejismos: pintando en el aire apretado zonas distantes, heladas y fértiles. Y hacia estos rincones claros es que se dirigen, férreamente atraídos, todos los sueños, mezcla de sopor, consuelo y renunciamiento.

Los cultivos se consumen, enclenques y resecos, aun en las proximidades de los ríos. Las quebradas se adelgazan como los perros bohemios, que un buen día quedan tiesos entre unas piedras, sin fuerza para continuar. Se siente el tormento de los arbustos que escarban los poros de la tierra buscando agua, alargándose hasta los braseros de las piedras calizadas. El silencio es cruel,

flúido, ceñido como un silicio. En el alma de los campesinos se hace ácido, como la saliva en el momento atroz de la angustia. Parece que en la atmósfera inmóvil está latente un odio humano, inmenso y pequeño, impotente contra la inercia. La yerba menuda se crispa, igual que si la regasen con ceniza caliente. Un aullido se contiene, se refrena, en todas partes. Menos en el rencor animal, ciego, de los hombres:

—Ayer murió un niño insolado. Mejor, ¡qué carajo! Ojalá todo se fuera a la mierda de una vez.

—Dentro de una semana no habrá leche.

—Ni carne.

—Ni café.

—Ni hambre...

—¡No habrá nada, pero todos viviremos contentos!

Los pastos hervían. En el viento jadeante, las plantas retorcidas se hacían un nudo. Los animales se acostaban sin ruido, en los sitios donde la brisa y la humedad parecían recogerse. La lluvia, la sola esperanza de la lluvia, hacía sentir un descanso hondo sobre toda esta tierra de cobre. En este gran hervor implacable, se advertía el aliento de todas las cosas excitadas. Olor sensual y pútrido.

Llanura sedienta, bestia sedienta, hombres sedientos. Un único vértice de todo este mundo sofocado: el agua. Las caras palúdicas se apergaminaron en una risa hos-

ca, afónica, recelosa. Los párpados caían como membranas sin movimiento, tapando casi las retinas viscosas.

Se hacía la comida en agua amarilla de resumideros, colándola en cedazos de tela rala. Cerca de los fogones, en las cocinas cerradas, se respiraba un aire enrarecido de socavón.

A orillas de la Inalí, donde tenía su pequeña tierra Jesús Navarro, los perros lamían las piedras porosas y en la arena áspera, hundían el hocico como cuando siguen los rastros de un animal.

Había nacido Jesús Navarro en Ambalema, puerto de bogas negros y borracheras de tabaco, en una empalizada rústica, con techo de zinc y a unas cuantas yardas del río. Sus únicos recuerdos eran las pescas, subido en un muelle de guadas, el transporte de carbón a los buques y las recolecciones de café. El pelo raquí-tico apenas crecía al borde de las orejas, haciendo resaltar el cráneo calvo y redondo, la frente salida y los ojos pequeños, iluminados por dentro. La ceja izquierda estaba comida por una cicatriz de quemadura y la derecha oblicua y espesa, le daban a la cara un aspecto de carátula siniestra.

Vivía ahora con su mujer y tres hijos, de los cuales el mayor, Juan, flaco y endeble, con la cara llena de pecas y de una pelambre rubia, hacía un año se había casado y tenía un niño en pañales. Todos comían del pedazo de tierra dura, sucia, con grandes manchas rojas de arcilla, que cada año alrededor de la Pascua, paría trabajosamente.

Por tiempos de verano, el único alimento seguro lo constituía la leche de dos vacas exhaustas, café y plátano asado. Pero como aun la yerba menuda se achicharraba, las vacas acababan por alimentarse de las raíces que se habían quedado al descubierto, en los lugares antes pantanosos.

Al mediodía, la claridad era hostil y la luz roía los ojos de metal como un ácido. En la sombra de los corredores aun persistía el brillo azuloso y penetrante del cielo. El silencio se confundía con el bochorno y todos los ruidos parecían salir de un subterráneo horno de fundición. Casi no se hablaba. Se tenía el temor que se siente al vivir entre materias inflamables. Y las voces, ásperas, se alargaban en el espacio como las llamas de acetileno. Las gaduas de las talanqueras, recalentadas al sol, hacían un ruido semejante al chasquido de la leña verde en el fuego.

Todos sentían el estado febril que antecede a la parálisis de los sentidos o de la tierra. Pero este mismo letargo les hacía lejana el hambre, humilde y confusa.

II

La esposa de Juan, llamada Teresa Julia, mostraba la piel blanca amarillenta a través del traje ligero. Absorta en su mirada atormentadora, toda la energía agotada de su cuerpo. Se sentía extraña a la miseria y al llano. Se echaba a correr desde la madrugada, hasta que el cansancio la hacía sentir que las piernas se pro-

longaban por debajo del suelo Y se dejaba caer, al acaso, gozando en temblar como las bestias débiles, mientras las hormigas chupaban el sudor azucaroso.

Cada día, viéndolo ella, los senos se hacían más huecos y en las espaldas se pronunciaban más claramente los huesos. Sin embargo, como todas las mujeres que no aciertan con su camino, la sostenía la voluntad de no perecer. La fe en sí misma, helada y fanática, creaba paredes de piedra, inclusive, entre ella y su hijo.

Corría en el llano, para hallar su verdadero placer de sentirse ajena. Tan ajena como el afán. En la naturaleza extática, diluída en la luz, se abultaba su angustia. El caballo inflaba las narices en la carrera y parecía descubrir en el aire, pequeñas zonas húmedas, manchas de frescura flotante. La mujer se dejaba mecer en el vértigo, sobre la silla de vaqueta.

De noche se acercaba a su marido, palpando las paredes como lo hacen los ciegos. Se entregaba fríamente y mientras los labios jadeantes parecían lamer el polvo de su cuerpo, decía, con su voz envenenada:

—No siento gratitud, ¿oye?

—¡Ni te la pido!

—Me importan más que «esto» otras cosas: el hambre, por ejemplo.

Temblaba en la obscuridad una risa sin alegría.

—¿Crees que yo tengo la culpa?

—¡No! La miseria es la que tiene la culpa de todo.

—¡Sé lo que quieres decir! rezongaba él, tragando las lágrimas.

—Pero no le basta con saberlo, parece.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Esto mismo... distraerme... gozar...

Los ojos fosforescentes hacían encoger a Juan, como un gato miedoso. Su último recurso para reducirla era:

—¿Qué piensas del niño?

—¡No creo que se pueda pensar nada!

—Te falta...

—Corazón, ¿es cierto?

—¡Sí!

—No, nada de eso. Vea, Juan, no se engañe.

Y bajaba la voz malsana:

—¡Me falta otro hijo, no cabe duda!

Juan Navarro levantaba la cabeza mojada:

—¿Sí...?

—Claro. ¡Así serán dos!

Y era de esta manera como la vida existía para él.

Teresa Julia había sido maestra rural. El grado lo obtuvo en Ibagué, dos años antes de su matrimonio. Pero entonces aprovechó la oportunidad para decir a un pretendiente, amigo suyo de infancia y que había ido por ella desde las colonias de Sumapaz:

—Antes se justificaba todo. Ahora es otra cosa.

—¡Yo no pienso jugar contigo! ¿Crees?

—Precisamente... ¡Echa tierra en esto!

—No puedo...

—¡Quizá ni haga falta! ¡No me pienso casar nunca!
Su único destino fué la dirección de una escuela mixta en Apicalá, donde aprendió que es mejor tener un hijo que enseñarlo a leer. Por esta razón se casó con el primero que se puso delante de su camino.

A pesar de comprender su fracaso, la escuela había echado raíces en ella. Oía por dentro, ahogado, el hacinamiento de las treinta voces aturdiditas. ¿Hablan debajo de las manos?

Todavía, no obstante la distancia, advertía el miedo y el hambre. Una impresión de pánico la mantuvo desvinculada de la escuela y luego la hizo eje de aquellas iguales caras gesticulantes, borrosas entre sus harapos, vaciadas a fuego lento por la miseria. Sin embargo, se sentía entre sus recuerdos sola, envuelta en un vaho lechoso y casi vegetal por su olor a musgo.

Ahora se daba cuenta más nítidamente de que su vida iba por una pendiente resbaladiza. Era necesario encontrar un nuevo camino, lejos o cerca. Y todas las fuerzas de su ambición—instinto, decía ella—se concentraban en una misma idea obstinada.

—¡Volver a empezar!

—¡Volver a empezar!

Martillaba, isócrona, desde las sienas a los talones. Golpeaba los nervios, las paredes de las arterias, los más sutiles tabiques de hueso, sin tropezar, sin confundirse, midiendo matemáticamente los minutos:

—¡Volver a empezar!

—¡Volver a empezar!

El resecamiento creciente la hizo más agria y amplió el terreno para la idea fija. El cerco de hambre se estrechaba. Un día Juan cargó un «grass» viejo, y tumbado entre unos matorrales, disparó sobre una vaca. El proyectil dejó una tronera por donde se asomaba un intestino. Fué preciso un segundo disparo. Y otro.

Jesús Navarro lo levantó en vilo, agarrando del cinturón:

—¡Bestia! ¿No sabías degollarla?

Juan respondió, sonriendo, mientras se sacudía los pantalones:

—Me parece que es mejor ahorrar tiempo.

—Entonces, pendejo, si es así...

Tuvo miedo de continuar y fué a sacar un cuchillo.

Alrededor de la vaca agonizante, los chiquillos estaban atónitos. Un perro lamía la sangre sobre una de las heridas. Los chiquillos se aprestaban, con los dientes trabados, como si esperasen turno.

Fué así como hubo una noche de fiesta. Los vecinos invitados trajeron aguardiente y ron. La comida se sirvió en un pequeño terraplén, cerca de la huerta, para aprovechar la brisa limpia. Hablaron de cosas inverosímiles, de robos, de ganaderías, de matrimonios. Removían precisamente los temas que usan las personas satisfechas, de sobremesa.

Un muchacho de anteojos, encorvado, hacía todas las conclusiones, mirando de soslayo a Teresa:

—¡Acabarán por casarse!

El coro rapaba mecánicamente las palabras:

—¡Ah! ¡Sí! ¡Claro!

—¡Ah! Sí.

Después de la comida, se reunieron los mayores. Se pudiera decir, se encontraron reunidos y por esto, en un principio, forzaban la risa para inspirar mutua confianza. Poco a poco se borraron los gestos hueros y las facciones adquirieron su terrible elasticidad expresiva. Seguros de no engañar, teniendo delante la despensa (unos kilos de carne de iguana, yuca, plátanos, café), Jesús Navarro habló el primero:

—Bueno . . . ya que estamos aquí . . .

Teresa Julia se interpuso, medio riendo:

—¡Es de aprovechar la casualidad!

El viejo replicó, serio, como un eco:

—Eso es, aprovechar la casualidad.

Juan salió al paso, seguro de no equivocarse:

—¿Se trata de las tierras, papá?

—¡Sí!

—Tanto mejor.

—Pero ofrecen bien poco.

Daba la sensación de una queja. Se dijera que Jesús Navarro estaba vendiendo su propia carne. Continuó, alzando los hombros:

—En fin . . . ¡Es la única manera de salir del paso!

—¿Iremos a dónde?

—A un pueblo. Es más segura la vida.

—Hemos perdido. ¡Pero Dios cuida de nosotros!
Quizá esto sirva para que los niños vayan a la escuela.

Echaron las camas y las mesas en un carro de yunta. Lo demás, trapos viejos, papeles, trastos derrengados, lo quemaron antes de salir. Los chiquillos husmeaban por los rincones como ratas de campo. La ropa estaba envuelta en sábanas sucias, entre grandes sacos de hule. Parecían las sobras de un hospital ambulante, tratando de saltar ingenuamente al cuello de todo el mundo.

Abrieron las puertas, las ventanas, tumbaron un tabique ahumado cerca al horno del pan, para que el viento entrara mejor. En la terraza cerca de la huerta, había un montón de colchones rotos y esterillas comidas. Lo último que hizo Jesús Navarro fué dejar encendido un fósforo, en mitad de los bultos inservibles de fique. Dió un vistazo a los corredores, llenos de un vacío un tanto humano. Quería decir:

—¡Bueno, muchachos! Creo que no nos volvamos a ver.

Y dió media vuelta. ¡Eso era todo lo que los separaba!

Cogidos de la mano, siguieron tras el sombrío traqueteo del carro. Una cortina de polvo los envolvía.

Allí estaban todos. Sin embargo, el rechinar de los ejes oxidados, daba la impresión de que iba uno de ellos encadenado, adelante.

En el pueblo existía el mismo paisaje: cielo profundo, sin brisa, palmas momificadas, rostros amarillos,

agudos, impregnados de cadaverina. A mediodía, las tres únicas calles quedaban desiertas, sobre barrancos que tenían la configuración de un barco sin aparejos, amarrado al puerto. Parecía que debajo de las piedras, a raíz de las paredes, se emboscaba un mar pesado.

A veces, pasaban las vacas de los establos, bamboleando las ubres, zanconas, con las paletas angulosas y los cuellos largos, grotescos.

Después de pagar hipotecas y deudas antiguas, se dió cuenta Jesús Navarro de que no se había ganado terreno. Muy al contrario, se perdía la última oportunidad: la de estar solo. Viniendo del llano, el mismo que se asomaba por los tres boquetes anchos de las calles, sentía vigilados todos sus actos. Abandonó su creencia de que los pueblos dan mejores ocasiones para vivir.

Fué preciso que Juan partiera, a cualquier parte. No se podían morir de hambre donde los hombres, bien que mal, comían al día por lo menos una vez.

Juan se había puesto demacrado. Las fiebres lo hacían parecer un colosal molde de yeso. Más que en esperar de él, en sus brazos, en su buena suerte, esperaba en la quinina. El cuello esquelético daba la impresión de estar pegado, con goma elástica, a una armazón de madera.

Teresa lo miraba de reojo, mostrando, al reírse, las encías pálidas. Cuando se le acercó la última vez, el temblor de las aletas de su nariz apenas fué perceptible. Se cercioró que sobre aquella osatura inerme, era

imposible construir nada. Habló, sin apresurarse, de que no quería exigir ningún sacrificio.

—No hay nada que lo justifique, Juan.

—¿Eso es todo lo que me dices? Contestó con cierta amargura tierna.

—¡Yo no creo en las cosas inútiles!

Juan abrió forzosamente los ojos, con un desconcierto pavoroso:

—¿Tú..., el niño... inútiles?

—Ninguno de los dos servimos... ¡Yo lo veo desde ahora! Y no hay razones para pensar que me engaño.

—¡No importa!

Algo lo hizo tartamudear:

—¡No me importa... un carajo!

Ella cortó brusca, conmovida:

—¡No debiera irse solo! ¡Es horrible!

Pero entonces Juan sonrió ferozmente, como si le hubieran dado la oportunidad de vengarse:

—¿Horrible? ¡Hasta ahora lo dice!... En cuanto a lo de irme solo, no me voy solo. ¡Gracias! Me acompaña una amiga... ya ves...

—¿Sí...?

—Mi pistola Colt... ¡El proveedor sólo tiene pocos tiros!

Después de una pausa, agregó, haciendo roncadas las palabras:

—¡Es una lástima!

Teresa sugirió, negligente:

—¿No le parece tonto el gasto, Juan?

—¡Es el único que hice para mí!

Y volvió las espaldas, como si esperase que el silencio continuara abofeteándolo.

Ninguna noticia de Juan. A la llegada de los correos semanales, iban todos a oír leer las listas. Sin duda, sumergido en la sombra, espiaba la buena ocasión. Pero la vida, inmensa y pródiga, no caía en esta trampa mezquina.

Faltaba el dinero. Ahorraban comida sin éxito. Advertían con meridiana claridad la proximidad de un abismo. Los pies se empezaban a escurrir, a pisar en una masa insegura y gelatinosa. Estaban absorbidos por un remolino irremediable. Pero lo más duro, lo más corrosivo, no era el aire en fermento, sino la miseria taponada, lista a estallar como una caldera donde hay exceso de fuerzas dominables. Siempre atrás. Cada día más ligeros de peso y más incapaces de salir a flote. Nada cambió, a pesar de haber muerto un niño. Mucho antes de que lo enterraran, decidieron tácitamente en que hubiera gastado menos viviendo.

Sólo el menor, mirando con obstinación los matorrales, sentía su ausencia como la de una pierna que le hubieran amputado.

Teresa pensó en su hijo y—a pesar de que se mintió—también se tuvo en cuenta. Su raciocinio era el de

todo desesperado que no pierde la sangre fría:

—¡Sólo puedo ayudarlos a bien morir!

—¿Tiene objeto esperar que se hunda todo?

—¡Sálvese el que pueda!

—Apenas Juan. Tiene suerte.

—¡Y yo! ¿Por qué no yo?

Como antes (era absolutamente igual) se unió al primero que se puso delante de su camino.

Sobre la estera en que dormía, dejó los pañales del niño. Esto quería decir que aborrecía el egoísmo en la posesión de recuerdos. La abuela los guardó en un baúl, a la mano, como lo que es del todo indispensable.

Jesús Navarro permaneció largas horas sentado en el suelo, con los brazos cruzados, sin pestañear siquiera. De él quedaba apenas un rescoldo de odio, subterráneo, apagado, débil, pero, suficiente para gritar:

—¡Todo se fué al diablo! ¡Todo era mierda! ¡Maldita sea!

NOTA DE LA DIRECCION.—Este cuento forma parte del libro *Colombia S. A.* admirable colección de relatos, llenos de fuerza y colorido e impregnados de una honda e impresionante entonación humana. García pertenece a esa nueva generación literaria colombiana que está renovando triunfalmente junto con las generaciones de otros países, a lo largo de América, la vieja y derrengada concepción del hombre cómodo en la literatura. Estos cuentos patéticos, en que interviene la porción hasta ayer despreciada del pueblo, representan una recia contribución al arte que atrapa «impiadosamente una realidad amarga», tan común en los países aun desconocidos vitalmente, de hispano américa.